

Lo social encierra la mentira, la hipocresía, el engaño. De ahí la necesidad del disfraz, el embozo, la transgresión y el humor. Cuanto más rígida la norma, más impulsiva y vital la búsqueda de una salida o escape. Hoy quizás nos interese menos la suntuosidad del lenguaje, lleno de perífrasis, lo inverosímil y efectista de algunos de sus enredos y complicaciones argumentales, la pirotecnia, la retórica teatral y la hojarasca barroca. En cambio, nos atrae la estilización abstracta, el esquematismo conceptual y la moderna visión de la realidad última del mundo, evanescente y llena de brumas. El esquematismo simbólico es una fuerte incitación a la imaginación escénica y escenográfica. La desmesura, invita a la experimentación artística. Monumentalidad y desnudez: todo es posible.

Calderón siempre estará ahí para recordarnos la esencia de lo teatral en contra del verismo escénico, del romanticismo, el naturalismo y las comedias de salón. Calderón significa la revalorización de lo específicamente teatral: el misterio del mundo frente a la obviedad de lo cotidiano, lo inexplicable e incomprensible, frente a lo rutinario y sabido, el juego y el enredo frente a la norma y lo serio, la duda ante la certeza. El hombre es prisionero por igual de su razón y de su instinto, de su ignorancia y de su conocimiento, del desorden de la naturaleza y de las leyes que se ha impuesto. No sólo Segismundo, también Semíramis de *La hija del aire* o Irene de *Las cadenas del demonio* sufren esas contradicciones. Calderón es el gran desafío: teatralidad y extrañeza puras. Inasible e inclasificable y, por lo mismo, abierto a la creatividad y el riesgo. O sea, teatro.

